

Tiene guasa la cosa

- Oye, ¿tú tienes guasa

El interlocutor, perplejo, consigue responder que, de vez en cuando, cuenta algún chiste. Y el otro le suelta con desparpajo que qué gracioso, que lo que le pregunta es si tiene WhatsApp, un invento pistonudo con el que te hartas de poner mensajes sin que te cueste un duro.

- Ah, bueno... Es que como lo has pronunciado en ese inglés con acento extremeño, no me enteraba. Tampoco mucho ahora que me lo explicas, pero vaya... Lo que no entiendo es para qué quiero el guats-lo-que-sea si ahora me puedes decir cuanto quieras. Dime algo, anda, que te escucho.

El otro se demuda, le parece inaudita la respuesta. ¡Vaya tío anticuado! -piensa, y seguro que no le falta algo de razón, mientras le da vueltas al magín sin alcanzar a comprender cómo es posible que el fulano que tiene enfrente no se haya incorporado a tan insustituible tecnología-. Hace, en fin, un mohín entre desdeñoso y conmisericordioso, que acompaña con un chasquido lingual-palatal (o algo así), y sin solución de continuidad se sumerge en un mundo que debe de ser apasionante, al que se asoma a través del aparato (electrónico) que tiene entre sus manos. Se trata de un chisme que, después de hacer miles de virguerías, sirve hasta para telefonar, uso sin duda residual, porque esto de hablar por teléfono ya es una antigualla, cosa de Graham Bell y otros fósiles, y que permite (el susodicho ingenio) emplearse con fruición y hartó provecho en esos mensajes sublimes, además del imprescindible envío de fotografías a troche y moche. Cómo hemos podido, Dios mío, vivir sin expedirnos cada tres minutos una foto de nosotros mismos tomando una cerveza, para regocijo de todos. Qué más da que nos estemos viendo, es mejor retratarnos y distribuimos, que es más chulo, sobre todo si después ponemos los retratos en el feisbuc, sublime puerta del alcahueteo.

Hace más cosas, el aparatito Podemos ver Antena 3 en directo. Qué nivel. El caso es que

la tele del bar también tiene sintonizada la carrera de Alonso, pero seguirla en el superferolítico aparato es mejor. Mientras el epatado (y hasta espantado) espectador observa la nitidez de la señal televisiva, otro contertulio le exhibe una foto que acaba de tomarle, mira, mira, y haciendo unos diestros movimientos con el índice y el pulgar la amplía, la reduce, le presenta sorprendentes detalles, anda, anda, cada vez tienes más canas...

Y así, cada uno exhibe sus destrezas: cada cual con su chisme, cada marca con sus peculiaridades, cada pantalla con sus pulgadas y todos, al unisono, ejercitando un virtuosismo digno de la mejor causa, sólo mejorable si un director de orquesta ordenase armónicamente sus movimientos de dedos, sus pestaños (o ausencia de ellos), su enarcar de cejas, sus muecas de asombro, que estremecen al que observa y hacen fruncir el ceño al tabernero, que no despacha vino por causa del entretenimiento pertinaz de la peña. Y el anticuado, que sólo tiene un teléfono tan normal como obsoleto, no muy grande, que se lleva bien en el bolsillo y que le sirve para hacer llamadas de cuando en cuando, se pone a mirar las carreras en la televisión del bar, que tiene una pantalla enorme, y se entretiene viendo cómo Alonso intenta arañar segundos a un Vettel que no sabemos si pone en su depósito el estimulante líquido que patrocina a su equipo y por eso corre tanto, el puñetero. El tiempo vuela, ya saben, y cuando se dan cuenta ha pasado la hora de la tertulia. Cada mochuelo a su olivo. Han echado un rato bien entretenido. Lástima no tener el guasa ése, seguro que hubiesen mantenido unas conversaciones primorosas.



Juan Carlos Fernández
www.juancarlofernandez.es